

## **NO TIENE PORQUÉ SER UN BUEN DÍA. Sobre la inabarcable sombra de la felicidad humana**

LUIS PERIÁÑEZ LLORENTE  
*Universidad Complutense de Madrid*

No tiene porqué ser un buen día. No niego que el hecho de que el sol salga radiante por el este igual que todos los buenos días me incita a afrontarlo con una sonrisa, que ese silencio propio del dormitabundo, del humano apenas consciente de su propia consciencia que acaba de abrir los ojos al mundo, que ahoga el ruido sórdido de las fábricas y coches, de su humo malo y de los malos humos de quienes lo producen, inspira cierta certidumbre, la certidumbre de un hermoso día... pero no, no tiene porqué ser un buen día.

No puedo sino afirmar que la sensación ósea de haber dormido todas las horas necesarias, esa sensación tan de "éste no es mi maldito cuerpo, ¡pero qué gusto de cambio!" y el olor de un nutritivo desayuno, concretamente de la piedra angular de todo nutritivo desayuno – y no son unas hamburguesas de Gran kahuna, sino churros con chocolate -, me hace suponer que el día va a darme tanto como merezco, alegrías. Pero, por favor, no pido más, no olvidemos que no tiene porqué ser un buen día, ¿qué asegura la ausencia de charcos, un mal encuentro, o alguna piel de plátano que dé, de un resbalón o un tropezco, con mi culo en el suelo?

La verdad es que esa brisa en la cara cuando pongo el pie en la calle, con el estómago lleno de mis ricos churros cual jefe de Gurb en la novela de Mendoza, esa brisa que despeja el pelo de mi frente y me hace cerrar los ojos y no dejar de ver aun así la hermosa vista que cada mañana me espera al salir de casa, me induce, me instiga, me predispone, y casi que incluso me obliga a pensar en las múltiples posibilidades de que sea un fructífero y feliz día. Pero por supuesto, es indispensable recordar que no tiene porqué ser un buen día. Hay algo en la tensión de mis mejillas, esa sonrisa animada por una dulce ignorancia interna, involuntaria, se asemeja por instantes a una señal de peligro. ¡Qué peor en sonreír por no saber que puede no ser un buen día, que que resulte no serlo y se borre el gesto!

Qué decir del día de mis vecinos. Su faz sonriente al darme los buenos días se me contagia y respondo igual de radiante: "¡Buenos días, Fulano!", "¡Buenos días, Mengana!", "¡Hace una estupenda mañana! ¿Qué, perritos nuevos? ¡Oh, parió la labradora!" "¡Un ascenso!

¡Cuánto me alegro! ¿Y qué tal ese constipado? ¡Ay! ¡Con menos tabaco, y pulmones menos negros, hace ya días que habría sanado!"" ¿Un vinito esta noche? ¿No? ¿Mañana? ¿Sí? ¡Genial, hasta luego!".

No soy pesimista, no deseo pensar en la posibilidad de un mal día, ni siquiera lo hago realmente, pero es una máxima a tener en cuenta, afirmar que será un buen día aumenta exponencialmente la probabilidad de que sea un mal día, ¡y quién quiere tener un mal día! Lo mío es únicamente pisar sobre seguro, asentar primero la planta del pie y no caer de lleno con el fémur. ¿Qué mejor que saber si se pisa mármol o barro?

Un zapato impoluto y algo de confianza, no quiero pensar oscuro, sólo saber que hasta el mejor de los días puede acabar en luto.

Me cruzo con mi madre por la calle y me da un largo abrazo, de esos que traen a tu mente el recuerdo de toda una infancia, de toda una adolescencia. Recuerdos de heridas y juegos, que casi parecen los planes de jubilación de un anciano. En un abrazo se puede entrever todo lo que se ha tenido y todo lo que se quiere tener. Fue un abrazo de esos que inspiran fuerzas para todo un día, y me siento capaz de hacer de éste un gran día, pero por nada del mundo supongo, ni de lejos, ni siquiera un poco, que por ello tenga, sí o sí, que ser un buen día. Es la carencia humana por antonomasia. Los hay simpáticos, los hay sin simpatía, los hay guapos, o feos como un cardo, los hay inteligentes, y los hay que no saben atarse los cordones de su zapato, los hay con don de gentes, y los hay solitarios repelentes, pero lo que no hay, jamás, es un hombre con certidumbre absoluta. No hay ninguno que pueda mirar el reloj y sentirse poderoso, sentirse dueño de sus vueltas. Y yo, aquí, expropiado de mi propio futuro, como todos al nacer, sólo quiero dejar patente que no tiene porqué ser un buen día – y eso que lo parece.

Al mediodía, el bar me espera con una cerveza. Vuelve desde su superficie el reflejo de una tez agraciada, una cara de gesto placentero y su media sonrisa, al lado de cuyo cuello – sobre el que firme se sostiene – se puede observar la mano de un fiel amigo, a mis ojos. Es mi cara. Estoy en un bar bien acompañado, sabiendo que la mitad del día ya ha volado, llevándose consigo todos sus amables y despreocupados segundos... Pero, ¡qué narices!, no me atrevo a afirmar que tenga que ser ya, porque sí, sin más razón, un buen día lo que resta de él. ¡Es más!, no tiene porqué ser un buen día.

Disfruto la tarde imbuído de la prosa de Hume en la Facultad de Filosofía en la que trabajo, sintiéndome realizado por poder cobrar por hacer aquello que amo. Pienso en Descartes y me río de su genio malvado que puede confundirnos a todos. ¿Tendrá un buen día? ¿Habrá logrado, tras muchos intentos, tornar el dos más dos en tres? Puede que sí, puede que no. Yo lo tengo. Pero aún no ha acabado, y podría, por qué no, no ser un buen día.

Un compañero me ofrece llevarme a casa en coche, pero prefiero caminar con la puesta de sol de frente. Abstraído por la mezcla entre añil y naranja, la fugaz idea de que tanta belleza no la ofrecería un mal día cruza mi mente y la arrugo como una bola de papel que, inmediatamente, desecho. No tiene porqué ser un buen día. ¿Qué hay en la belleza que asegure un buen día? ¿Por qué habría de serlo? ¿Por las fantasías de un hombre que, después de dos tercios de veinticuatro horas, sigue feliz? ¡Pero si soy una cesura que permite, en mitad de un verso hermoso, colocar una palabra estúpida que lo trunque, que desentone con todo! Y todo sin querer. No, no tiene porqué ser un buen día. Bien podría no serlo, ¡y Dios no lo quiera!

Ceno con mi mujer y le hago el amor cuando aún humea el samón sobre la mesa. Es un respiro al pensar cuasicontinuo, que, incansable guerrero, abate su espada de desconfianza sobre la seguridad del sexo. Va todo genial, ¡es el día perfecto! Y sin embargo, restan aún un par de horas hasta que el calendario queme otra hoja. “¿Qué puede salir mal?”, me pregunto, y, por desgracia, caigo en la cuenta del carácter no retórico de la cuestión.

¿Qué? ¿Qué es lo que puede salir mal?

Redacto una lista mental, la lista de la posibilidad perpetua de que todo buen día no es definitivamente bueno hasta que se acaba.

Son las 23:59 cuando mi mujer, apartando la mirada de la movida noche de Holden Caulfield que transcurría en las páginas que ostentaba sobre sus manos, y disponiéndose a apagar la luz de la mesilla de noche, me preguntó:

– ¿Un buen día, cariño?

A lo que respondí: “Un día genial, creo que lo peor que ha tenido es que podría no haber sido un buen día”. Y claro, inexorablemente, me siento estúpido.